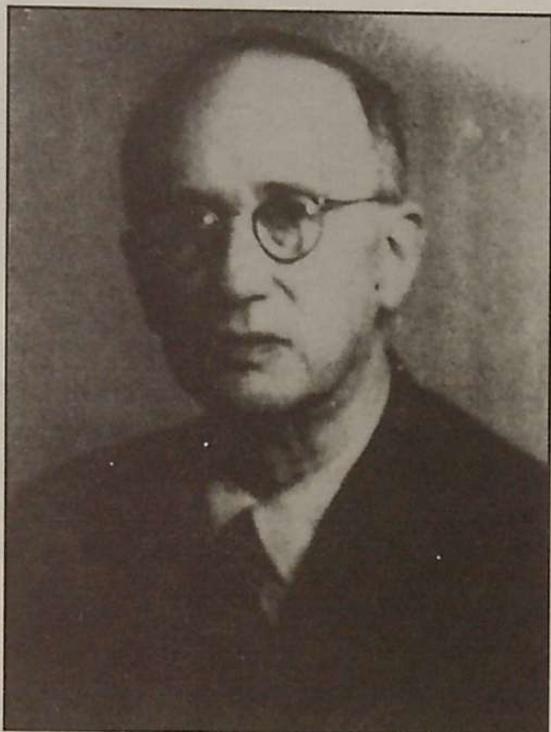


ELIAS SALABERRIA, EL PINTOR

Elías Salaberria que había comenzado a luchar en las lides artísticas con resultados muy satisfactorios, fue un pintor de una paleta vigorosa y de colores y tonos que pronto, muy pronto, había de ponerse a la cabeza de los mejores pintores. Además, sus cualidades propias se dejaban traslucir en sus cuadros, lo cual —como caracterizaba a otros artistas vascos— era una afirmación de la capacidad y de la herencia racial que le diferenciaba y que la misma evolución no pudo borrar.

Poniendo las más acariciadoras y expresivas emociones de que era capaz su clase y ordenada inteligencia, hallamos al pintor como representante de la vida artística en Lezo, donde se desenvuelve con rotundo y pleno acierto y que sabe interpretar plásticamente, sintiendo hondo en alas de su genio creador que se deja ver en el primer tercio de nuestro siglo con los deseos vehementes de su raza y de su época. Muy joven despertó especialmente y, en 1903, sorprendió con dos estudios de interior, con unas figuras y objetos en una línea un tanto justa y detallada, complementada en el dibujo y colorido inimitables. Serían sus conocidos lienzos «Interior de cómicos» y el «Estudio interior» (salón de los marqueses de Cubas), honrado en Madrid con uno de los premios concedidos por la duquesa de Denia (135). Esta última pintura era la mejor, pues ella se mostraba una preocupación por la luz que en la otra no existe. Los dos lienzos pueden verse actualmente en el Museo de San Telmo de San Sebastián.



Como vasco, los temas que elegiría después serían también vascos. Muy sensibles en su mayoría y de un significado ideal, pintaría a través de su alma. Tenía un temperamento, y él era su guía y maestro que habrían de hablarnos en sus lienzos con espontaneidad sincera.

Pero como en su tiempo —lo mismo que en la vida de hoy— nada es soberano y pocos sienten la belleza, lo verdaderamente artístico y sentimental, los cuadros de Salaberria no podían adquirir gloria a pesar de su naturalidad.

En medio de la gran sencillez de cuanto ofrecía a la vista, había un fondo de expresión, de ternura y de valores exquisitos que dominaban en algunos de sus cuadros y que era difícil analizarlo, pero que examinando ya el lienzo se notaban

las partes, el color, la intensidad del modo, el conjunto evidente de mano de artista.

Había en todo aquello algo que era personal en el autor, algo de los grandes artistas y mucho de pintor que sin mirar convencionalismos de la época pintaba lo que brotaba de su corazón. Tenía incuestionablemente la envidiable cualidad de pintor ingenioso; si se equivocaba —que tampoco era infalible— no podía esperarse tapujos engañosos.

En la época de sus resultados felices de Madrid (1904-1910), había muchos pintores de todos los géneros, pero artistas de verdad, artistas que por sus propias virtudes competían por independencia había muy poco. Se trabajaba sin hábito, y esto no se daba en el pintor guipuzcoano. Estudiaba los asuntos de verdad, sinceramente, y con un fondo de auténtica conciencia artísticas, que era precisamente lo que faltaba en la mayoría de los pintores.

Salaberria gustaba de la precisión para sus cuadros, y a ella vivía asociado, porque es indudable que dicho consorcio iba hacer de él un pintor singular y casi único en el país al margen de Ignacio Ugarte, donostiarra, estudiante en Roma, que había de fallecer en su ciudad natal en 1914. Podía asimismo asegurarse que en el pintor de Lezo no había afectación ni extravagancias sino que pintaba lo que experimentaba y percibía lo que pintaba.

Tanto en sus cuadros costumbristas, en los que el regionalismo afloraba en versiones distintas, como en sus cuadros de figuras, en los que los tipos humanos, estudios, en las facciones, en el color de la carne, y en la intensidad de la mirada, nos daban la medida de la preferencia de los elementos vitales en la pintura y que eran los que más libremente obraban en el modo de ser del artista.

Desde sus cuadritos de «Bodegón» hasta su lienzo de dimensiones, «Tú, primero», de un gran interés documental, que llamó justamente la atención de críticos y público en la Exposición Nacional de 1906 y el jurado le concedió la tercera medalla, la técnica avanzaba rápidamente, presentándose como pintor de carácter. Y aunque su procedimiento no se prestaba a ningún análisis, porque esto en pintura era resultado que no podía valorarse todavía, era de elogiar su proceder y su particularidad que tanto se buscaba, cuando se observaba que un gran número de pintores imitaban temas triviales y que caminaban por dominio ajeno.

Por supuesto, era indudable que Salaberria iba a ver mucho más, porque estaba constantemente en contacto con la naturaleza, que se mostraría objetiva y subjetivamente con su misterioso potencial. Siendo así, exteriorizaría su idiosincrasia con toda la fuerza de su pincel y toda su voluntad, no sólo como discípulo de la escuela clasicista, sino como fiel intérprete de la propensión, que será el realismo elevado artísticamente a modo de los grandes maestros.

Así, pues, tenía Gipuzkoa a un artista, a un sobresaliente pintor, que sin disputa alguna luchaba honradamente y con los arrestos del vasco, en la pintura y gloriosa carrera que le aguardaba.

Y como acerca de él y de Lezo haría decir el poeta donostiarra Manuel Mu-
 noa que en lengua castellana llenó
 la primera mitad de este siglo.
 Por eso, «este pueblo tiene para
 nosotros un inefable encanto.
 En su retiro, lleno de suave
 melancolía, hemos sorprendido
 varias veces al pintor... Mientras
 Salaverria nos enseña sus telas,
 nosotros pensábamos en el esfuer-
 zo de su espíritu, debatiéndose en la
 dulzura del ambiente que le rodeaba.
 Toda la belleza de aquel paisaje ingenuo
 parecíaungirse de los anhelos, de los
 ensueños del pintor, y es que por sobre la
 obra que produce nuestra imaginación, queda
 como flotan levemente en el espacio, el aura inmaterial,
 el perfume inefable de nuestros más queridos motivos de be-
 lleza. Salaberria ha sentido de la más intensa manera la poesía humilde
 de su pueblo. Los paisajes, los cielos nublados, la melancolía del ambiente, han
 impresionado su alma, inspirándole obras de las cuales otras veces nos hemos
 ocupado. Por eso, viéndole en Lezo, nutrido de estas sensaciones, hemos
 pensado que este pintor que domina su arte y posee sensibilidad y emoción,
 pudiera plasmar en sus lienzos el alma, la fisonomía intrínseca de la tierra
 vascongada...».



Lo primero que se había de echar de ver en el conjunto de los cuadros
 expuestos, en el mes de junio de 1906, en el salón de «El Pueblo Vasco», era el
gris frío, académico, lo cual a decir de sus contemporáneos, «será ya un voto
 a favor de los que amamos el arte honrado, serio, que pinta como ve y no como
 sueña, sin afectismos de pinceladas ni trampas socorridas». Se exhibían los
 trabajos ejecutados de 1903 hasta aquella época, entre los que las figuras no
 estaban puestas, sino sorprendidas en posición naturalista; el «Examen de
 doctrina», pintado en Asturias, de un sabor delicadísimo y en el que resplan-
 decían la sencilla fe de unas gentes y lo humano del sacerdote; una «Cabeza de
 estudio», muy vigorosa sin dejar de ser sobria, lo mismo que su lienzo «¿Quién?»,
 de 160 x 125 cms.; y tres cosas deliciosas: dos «Bodegones» y un «Retablo de
 Maese Pedro», en el que rivalizaba la admirable naturalidad de la composición
 y el inapreciable claroscuro o lo discreto y ajustado del color.

No era este, sin embargo, el carácter con arreglo al cual pintaba Salaberria,
 sino más plácido, más delicado y más triste, ya que tanto en «Ez Lotzatu» como
 en «Nere ama» se vería represetado el espíritu, por lo que no se le podía pedir
 exhuberancias de figuras y asuntos relucientes, pues responderían sus obras
 que si bien al autor le sobraban facultades para ello —y lo probaba en el paisaje
 «D. Quijote de la Mancha» prefería dedicar su saber a género más íntimo y más
 poético.

En esa edad de los veintitrés años descubría ya el autor el principio de su manera de pintar, escuela y procedimientos, sabidurías, que se manifestaban en él y que iba a desarrollar luchando en el curso de su vida artística.

A los veintinueve años había hecho su viaje a París, donde por la influencia francesa daría su conocido cuadro «La procesión del Corpus en Lezo», «lo mejor de sus temas vascos», de una verdad asombrosa y primera medalla en Madrid el año 1912.

Desde este tiempo comenzó ya a marcar su decidida orientación hacia la pintura de género y costumbres vascas y el retrato, entonado y viviente, de franca ejecución y exacto parecido.

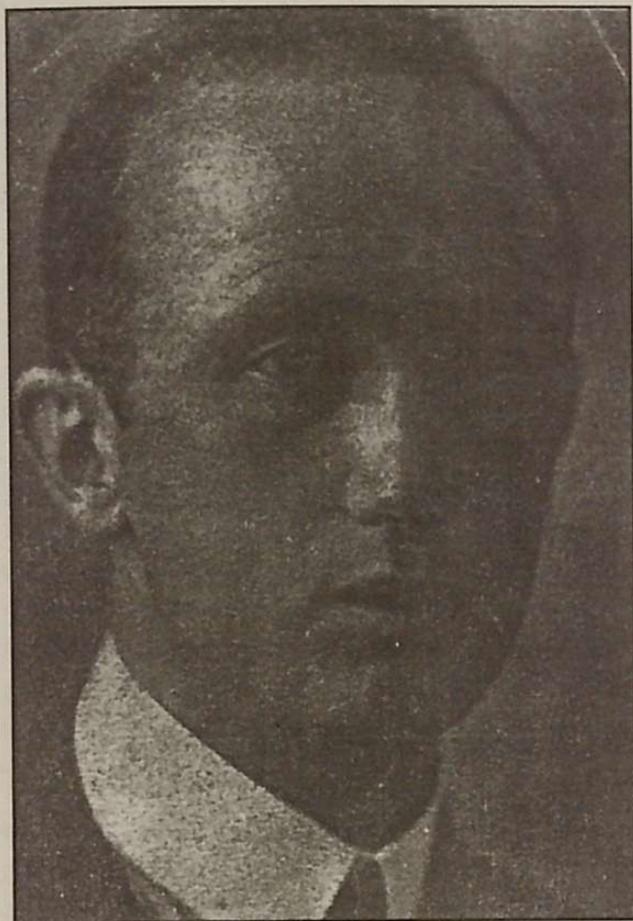
Mostrados en la Exposición Nacional en 1915, ofrecería «Gu» (Nosotros) y «Duelo», plétórico de ambiente y de viva realidad; y, en 1916, el «Retrato de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús», resumen de su pintura y de sus condiciones de retratista; «¿caso sea su cuadro más famoso... tan discutido por la forma de concebir el guerrero y el santo». Había de presentarlo al año siguiente en el Certamen Nacional de Madrid. «La figura de San Ignacio tenía su leyenda, que ha venido a matar este cuadro de Salaberria. Lo ha hecho con inspiración, con esa esencia religiosa de que están llenos sus cuadros, pues Salaberria es ante todo un pintor religioso, no de esos que ven la religión con ojeras y ojos espasmódicos, sino llena de sencillez y firmeza como cumple a los que saben de verdad y sacrificios».

El mismo año 1915, en una exposición que se instaló en el palacio de Bellas Artes, en la Sala de actos del Orfeón Donostiarra, en San Sebastián, el efecto de su obra en conjunto daba una idea del completo cambio siempre en progresión que se había operado; con su lienzo «La procesión del Corpus en Lezo», presentó unos retratos de importancia en la ejecución y sus últimas pinturas que exteriorizaban muchas de sus cualidades artísticas.

Meditando sobre la exposición, José F. Grados, escribía desde Pasajes, 17 septiembre de 1915, acerca del artista: «De las cualidades que posee Salaberria como pintor, merece un lugar altísimo lo mucho que dibuja. Sus pinturas no necesitan de efectos de luz, de buscarle el punto de mira para gozar del conjunto del lienzo. En todos, en el retrato de la señora de N. Urgoiti, en el de la señorita Caridad Gavaldá, es preciso verlos mucho, y con una fijeza enorme, para darnos cuenta de la clase de pintura en que se han ejecutado. No se advierte dónde y cómo empieza la pincelada. También llama la atención el de la señorita Amalia Machimbarrena; el rubio fino, menudo, de la figura, con sus azules del vestido y el cortinón, hacen que el cuadro adquiera cierta gracia rítmica halagadora».

En su continuo afán de progreso hizo también viaje a Roma trayendo, como resultado de su observación, la ampliación de sus conocimientos especiales que dominó en toda su variedad. En aquel momento, al igual que el insigne Zuloaga, estuvo instalado en Madrid en donde su producción le fue fértil.

Consecuente de su propósito, presentó nuevas obras en sucesivas Exposiciones Nacionales: en 1920 «Los Mineros»; en 1927 su versión de «Don Juan»; en 1930 «Don Ramiro», interpretación del héroe de la novela de Larreta; y en



El pintor Elias Salaberria

episodios históricos y cuyas frágiles figuras eran habitantes del pueblo de Lezo. Su hermosísimo cuadro de «La proclamación de la Virgen de Aránzazu como patrona de Gipuzkoa», tan precioso y grandioso como conjunto color, composición y estudio de figuras representadas, lo demostraría; el alma de cuantos lo integran, pertenece a la familia guipuzcoana, y es lo que enaltece en gran manera a nuestra raza.

Como pintor de motivos religiosos, llegaría con aquel cuadro, en el que trazaba el panorama de todo un pueblo, a la posesión de ese vigor natural y virtud que únicamente pueden dominar los creyentes.

Y llegamos a la espléndida madurez de Salaberria, en la que vemos destacarse como obras principales, un modelo de «San Francisco Javier, apellidado el Apóstol de las Indias», primer cuadro oficial para la Diputación Foral de Navarra, y su «Retrato de S.M. el Rey Don Alfonso XIII» para el Consejo Bancario, en el que el artista sorprendió al monarca en posición naturalista, con gusto exquisito y en tonos y matices debidos a su habilidad y a su dominio de los recursos técnicos, demostrativos de que el pintor producía obras plenas, concluyentes.

Históricamente, figura en los anales entre los nombres de los pintores más destacados de la región que han contribuido a afirmar la calidad de nuestra pintura más sobresaliente y representativa. Y, con Ignacio Zuloaga, el más celebrado pintor contemporáneo, es una de las figuras más importantes de

1934 el «Retrato del Dr. Leremboure», famoso médico donostiarra, conseguido con vigor de luz, destinado a los que buscaban con avidez esos contrastes vivos de tonos y luces, verdaderos alivios del color, a los modernistas que no le gustaba lo que pintaba Salaberria, quien, a medida que fue avanzando en el tiempo, logró que la composición se hiciese más sólida y más serena, la inspiración más literaria; había más seguridad y precisión en la línea, más color en el pincel, bajo la influencia de los pintores clásicos. Las figuras serían sacadas de la realidad y las plasmaría a su propia manera en los formatos importantes, con los parciales de la luz y el ambiente del país, el signo más evidente de su estilo. Al final, la pintura se haría más delicada, el sentimiento más íntimo, más poético en unos lienzos de inspiración a menudo de

Gipuzkoa, exceptuando por naturaleza la circunstancia de su personalidad inconfundible.

Como escribía en su momento Gómez Izaguirre, «Zuloaga, Salaberria, los Zubiaurre —pongo por caso—, nada tienen en común, superficialmente considerados. Y, sin embargo, han hecho sentir hondas emociones estéticas a los mismos públicos de España y del extranjero que los han analizado; pero dentro de esa riqueza evolucionista y de la diferencia de concepción artística, todos denotan un abolengo espiritual. Toda la vida psíquica y sentimental de la raza, se concentra en los lienzos de nuestros artistas».

«Zuloaga, adentra su visión gigante y trágica al fondo de la conciencia de los adustos y graves personajes que pinta; en Salaberria alienta el mismo impulso, y nos refleja el mismo carácter vivo y perente del hombre fuerte y místico, sin la sequedad ascética del primero, pero con la propia ruda franqueza; y los Zubiaurre, con la riqueza emotiva de sus creaciones, simbolizan en su aspecto subjetivo las sensaciones internas y el aspecto moral de la raza, espiritualmente intensa y romántica y atormentada por la sed de aventuras que la historia describe en el siglo XVI.

No olvidemos aquellos coetáneos que se inspiraron en el paisaje vasco, consiguiendo unos tonos cálidos que constituyen la fuerza generadora de la obra de arte. Cabanas Oteiza, Ascensio Martiarena, Alfonso Sena, Pablo Uranga y cuantos con sus recursos expresivos que la experiencia fue acumulando arrebataron al color sus más remotos matices y sus vibraciones luminosas, rindiendo culto a un hermoso verismo que nos descubrió en sus cuadros Darío de Regoyos cuyos primeros paisajes se expusieron en San Sebastián, en el escaparate de la tienda de Félix Galán, en la Avenida de la Libertad, en donde hoy encontramos el Club Cantábrico. En dicho establecimiento expuso de la misma manera Salaberria, en 1903, «un precioso cuadro de costumbres que tanto por el asunto, cuanto por el dibujo y entonación, está llamando y con razón la atención de los inteligentes».

Nada añadiremos respecto al hecho indiscutible de su estilo, en extremo vigoroso y de sensibilidad temática y colorista; a su situación histórica con el arte de Gipuzkoa a continuación de los Irureta y Ugarte, en compañía de Ignacio Zuloaga; a su sentimiento religioso; al tesón en la actividad y la entrega a la eficacia del principio y origen de la tierra nativa; a la identificación plena de su temperamento valiente y sincero de exaltar a los humildes que con tanto amor consideraba una y otra vez Elías Salaberria.

Pero sí convendría decir que, aunque la obra substancial de nuestro pintor no sea extensa relativamente, creemos que su concepto artístico ha quedado cabalmente justificado en los grandes lienzos que trató con la sazón y buena disposición de su talento, y la fuerza de su ingenio, que cultivó de manera entre clásica y moderna y que realizó con el lenguaje propio de su arte y el conocimiento especial del oficio.

JULIAN MARTINEZ RUIZ